



ESTOY AQUÍ

Ilustrador Loreto Góngora

La mujer del turbante turquesa

Sentada en la sala de espera, nerviosa, un gran impulso me alentaba a salir corriendo libre y sin miedo. Sin embargo, estaba allí con sólo 34 años, una vida y una historia que debía continuar.

De vez en cuando, abandonaba mis pensamientos, levantaba la mirada para observar el lugar y asumir mi realidad. Cada paciente, esperaba atentamente su turno. No obstante, uno de ellos, llamó profundamente mi atención. Era una mujer de ojos negros que llevaba un turbante color turquesa, su rostro reflejaba serenidad y despreocupación. Recorría la sala con naturalidad como si aquella postal fuese el lugar más bello del mundo. En mi mente, trataba de dilucidar el porqué de su alegría y relajo, a mi percepción nos encontrábamos en el peor escenario. De pronto, escuché mi nombre desde un parlante y todo mi cuerpo se estremeció, rápidamente me acerqué al mesón.

Pase, me dijo una enfermera con mucha amabilidad. ¿Es su primera quimioterapia? Sí, respondí con voz temblorosa. Debe seguir una serie de instrucciones antes de suministrar la droga. Añadió.

Con esperanza y encomendada a mis seres de luz, me senté en el sofá y la enfermera procedió a conectar mi catéter con la máquina de quimioterapia, como especie de Avatar vinculándose al árbol de la vida. Antes de retirarse, advirtió que estaría cerca ante cualquier síntoma inadecuado. Luego, sacó de su bolsillo una nota y disimuladamente me la entregó; decía: "estoy aquí". En ese instante, se asomó entre los paneles, la mujer del turbante turquesa y dijo:

Hola, ¡estoy aquí! Soy Úrsula, tu vecina de box, tu compañera de camino. Te vi afuera, estabas muy nerviosa.

La miré con un poco de recelo, pero asentí con la cabeza y una extraña sensación de cercanía me inundó, sentía que la conocía desde siempre. Aquella mañana, conversamos acerca de nuestros proyectos que realizaríamos al terminar el tratamiento. Además, analizamos las posibles causas de nuestra enfermedad. Sin duda, era el comienzo de una gran amistad.

Úrsula, conocía a todos los profesionales de la salud del lugar, ya que su tratamiento había comenzado meses antes. A cada uno, los apodaba con nombres de artistas de cine, por ello cuando necesitaba algo o sufría algún dolor, irrumpía el silencio de la sala y exclamaba, ¡Angelina!, ¡Brad!, ¡Leonardo! y tantos otros, era muy divertido escucharla. Ninguno de ellos se molestaba, reían con sus locuras.

Otras veces, llegaba con la idea de enseñarnos recetas de alimentación saludable y nos cedía, uno que otro tips, para elevar el sistema inmunológico y emocional. Le encantaba, relacionar la comida con las emociones.

Cada 21 días, nos reencontramos en la sala de quimio, aquel lugar desagradable y temible para algunos, paradójicamente para nosotras, poco a poco se convirtió en un espacio en donde reíamos, llorábamos, sanábamos física y espiritualmente.

En el presente, nuestros reencuentros en aquel lugar, tienen menos frecuencia y eso es bueno, porque indica que todo marcha bien. Aquella mujer de turbante turquesa, me enseñó que, la vida se debe enfrentar con la mejor disposición, sin importar el momento, el lugar y las circunstancias, siempre se puede ser feliz.

